

precipitadamente la escalera; encuentra al huésped : supo que su corazón no le había engañado; que en efecto Dalinda y Thelismar vivían en aquella posada adonde los había guiado la casualidad. No es posible explicar la alegría que le causó á Alfonso esta noticia. Al punto hizo que por el patio le enseñasen las ventanas del cuarto de Dalinda, y despues se encerró en el suyo para entregarse libremente al exceso de su contento.

Despues de cenar hizo que le buscasen una vihuela ; bajó al patio, y poniéndose debajo de las ventanas de Dalinda, con mano trémula tocó varias frioleras. Oyó que habían abierto la ventana, y rece-lando que Thelismar le entendiese, porque sabia el portugues, no se atrevió á cantar los romances que había hecho para Dalinda en la *Fuente del Amor*, pero cantó con voz tímida y poco firme los tormentos de la ausencia. Al cabo de un cuarto de hora cerraron la ventana. Al dia siguiente Alfonso cantó en vano ; no abrieron la ventana, y este rigor le afligió tanto como si hubiera destruido alguna bien fundada esperanza. Entre tanto Alfonso formaba mil proyectos relativos á su pasión, pero ninguno le agradaba. Abrasábase en vivos deseos de volver á ver á Dalinda. Su primera idea cuando huyó de su padre, había sido la de venirse á ofrecer á Thelismar por compañero de sus viajes, no dudando que vistos sus talentos é instruccion aceptase esta oferta, como igualmente ventajosa y agradable, y ademas juzgaba que el solo agradecimiento al favor que le debia de haber salvado la vida á Dalinda, podria obligarle á que admitiese su propuesta con sumo gusto. Cuando las pasiones del hombre forman un proyecto, cierran los ojos á las dificultades, apartan las reflexiones útiles, temen todo aquello que podria separarlas del fin que se proponen, y no conocen su imprudencia y locura, sino cuando ya es irremediable.

Lleno Alfonso de temor y dudas, no sabia qué partido tomar, y entre tanto huía con mucho cuidado de que Dalinda ó su padre le viesen, cuando una tarde le dijeron que Thelismar prevenia todas sus cosas para marchar, y que al dia siguiente se embarcaria al amanecer á bordo del *Intrépido*, que debia llevarle á Ceuta<sup>2</sup>. Esta novedad fijó las dudas y temores de Alfonso. Sin detenerse un punto

<sup>1</sup> Ciudad de Africa perteneciente á los españoles, la cual se halla en el estrecho enfrente de Gibraltar.

vende la sortija que le quedaba, habla con el capitán del *Intrépido*, y se determina á que le reciba á bordo. Al ser de dia se embarcó, y se mantuvo oculto en su camarote : al cabo de un cuarto de hora oyó la voz de Thelismar, y á poco rato se hizo el navio á la vela. Como debia Alfonso comer con el capitán, y estaba cierto de ver en su mesa á Dalinda y Thelismar, se resolvió en fin á ir á ver á este. Hizole decir que deseaba hablarle, y con su respuesta pasó á verle. Al ruido que hizo al entrar volvió Thelismar la cabeza, y mirándole atentamente al instante reconoció al libertador de su hija : se levantó prontamente, y corriendo hácia Alfonso le abrazó con las mayores demostraciones de amistad y cariño. Alfonso lleno de gozo



sintió renacer en su pecho la esperanza ; pero respondió á las preguntas de Thelismar con mas empacho que verdad. Mi padre, le dijo, ha sido muy rico, actualmente no tiene mas que lo preciso ; con ello vive como filósofo en las pacíficas riberas del Mondego. Ha dado su aprobacion al deseo que yo tenia de viajar, esperando que con la educacion que me ha dado, podré quizás, dándome á conocer, adquirir algun nombre, y... — ¿Qué edad tiene Vd., y cuáles eran sus miras cuando salió de su casa? — Yo sabia que Vd. estaba en España ; supe despues que debia pasar al África, y esperé que

Vd. me permitiría acompañarle en sus viajes. — Ha pensado Vd. muy bien : yo debo visitar las cuatro partes del mundo ; si Vd. quiere asociarse á mis fatigas, vengo en ello muy gustoso. Fuera de juicio Alfonso al oír estas palabras, abrazó á Thelismar, y le juró que no se apartaría de él jamás. — Pero sepa Vd. que mis viajes durarán tres ó cuatro años lo ménos ; quizás no aprobará su padre una ausencia tan larga... — Yo sé de cierto que vendrá en ello gustoso... — Pues siendo así, gustando Vd. del estudio, y teniendo, como creo, nobleza en su modo de pensar, y propension á la virtud, hallará en mí un fiel amigo, y un segundo padre ; me tendré por dichoso, si puedo de este modo manifestarle una parte de mi agradecimiento. Dalinda le debe á Vd. la vida : ¡ contemple Vd. si debo estimarle ! Enternecido Alfonso se inmutó al oír el nombre de Dalinda, y no acertando con las palabras tuvo que callar, y Thelismar prosiguió diciendo : Necesito de consuelo ; en su amistad de Vd. espero encontrarlo.... — Consuelo.... ¿ Pues qué penas puede Vd. tener?... — Me he separado por cuatro años de las prendas que mas quiero... de mi mujer é hija.... — ¡ Cómo !.... ¿ de Dalinda?... — No podía exponerlas á los riesgos inseparables de una larga navegacion : han visto conmigo la mayor parte de la Europa ; en Cádiz nos hemos separado, y en tanto que nosotros navegamos hácia el África, ellas se vuelven á Suecia.. — ¡ Oh cielos ! exclamó dolorosamente Alfonso, la Suecia y el África !... ¡ Oh qué inmensa distancia entre Dalinda... y... Vd ! ¡ Cuánto lo siento ! No pudo Alfonso al decir esto reprimir el llanto. — Mucho le agradezco á Vd. la parte que toma en mi dolor.

La llegada del capitán interrumpió esta conversacion. Alfonso se fué á encerrar en su camarote para ocultar su pena y desasosiego. Se desesperaba cuando pensaba que en cuatro años no habia de ver á Dalinda : no obstante sentia mucho alivio con el afecto que Thelismar le manifestaba, y se propuso emplear todos los medios posibles para merecer su amistad y confianza.

Aquella misma noche Thelismar le hizo varias preguntas, y una de ellas fué, ¿ si sabia los elementos de alguna ciencia ? ¿ Pues no ? respondió Alfonso sonriéndose de un modo orgulloso, no carezco de instruccion : no hay cosa que no me hayan enseñado. — ¿ Sabe Vd. algo de geometría ? — Diez años he tenido maestro de matemáticas. — ¿ Tiene Vd. algunos principios de física é historia natu-

ral ? — Nada de eso ignoro ; y tengo además mucha pasión á las nobles artes ; la música y el dibujo son mis delicias. — ¿ Con que sabe Vd. dibujar ? ¿ y qué cosa ? — Dibujo flores. — ¿ Gusta Vd. de leer ? — Muchísimo. — El idioma portugúes no es muy abundante de buenos autores ; pero Vd. sabrá el latin... — ¡ Oh ! perfectamente. Vea Vd. si lo sabré cuando á diez años explicaba superiormente (esta era la expresion de mis maestros) á Horacio y Virgilio. — En ese caso acabaría Vd. sus estudios á doce años. — Justamente : y así desde entónces no he vuelto á ver libro alguno en latin, á fin de adquirir otros conocimientos. — Y yo apostaré que á trece años era Vd. ya bastante buen geómetra para dar de mano al estudio de las matemáticas. — Sí, Señor, entónces fué cuando me dediqué al gusto que tenia á la literatura : empecé á componer versos. — ¿ Cómo, de sabio se volvió Vd. poeta ? No siempre suele ser afortunada esa transformacion... — Mis versos tuvieron un aplauso que debió animarme... — Entiendo que sería un aplauso de tertulia, casero... — No por cierto, puedo decir que fué un aplauso universal. — ¿ Cómo lo pudo Vd. saber ? — Todos los que iban á casa de mi padre me lo decian. Esta respuesta hizo sonreír á Thelismar ; mudó de conversacion, y un rato despues se fué Alfonso á acostar, persuadido de que Thelismar habia concebido la opinion mas ventajosa de sus talentos é instruccion. Al dia siguiente se acordó Alfonso del lance del toro en la *Fuente del Amor*, y le preguntó á Thelismar la explicacion de un suceso tan raro. Thelismar le respondió que aquel mismo dia habia encontrado á un amigo que volvia de América ; que este traía de allá un veneno tan activo que producía el efecto que Alfonso habia visto ; que aquel amigo le habia regalado un estuche con algunas agujas mojadas en este tósigo, y que queriendo hacer aquella misma noche la prueba habia guardado el estuche en su faltriquera. Lo que me admira, dijo Alfonso, es el que nunca haya yo oído hablar de ese veneno. — Puede ser, replicó Thelismar, que haya otras muchas cosas de las cuales no tiene Vd. noticia. — Muy bien lo creo, replicó Alfonso, pero me atrevo á decir que no serán muchas, porque no soy ignorante ; he tenido maestros de todas ciencias, además de esto he leído mucho, y he observado y pensado mucho mas. No se alababa tanto Alfonso á sí mismo, sino porque creía poderlo hacer sin riesgo. No advertía en Thelismar mas que un hombre sencillo y sin pretensiones de sabio, al

cual no le conocia mas gusto ó estudio que el de la Botánica, y no dudaba que en todo lo demas fuese Thelismar muy ignorante. Este, unas veces de intento, y otras por su natural modestia, le confirmaba á cada instante en su opinion.

Llegaron por fin á Ceuta : Thelismar dijo á Alfonso que se encargaba de buscar alojamiento para los dos, y se acomodó con él en una de las mejores casas de la ciudad.

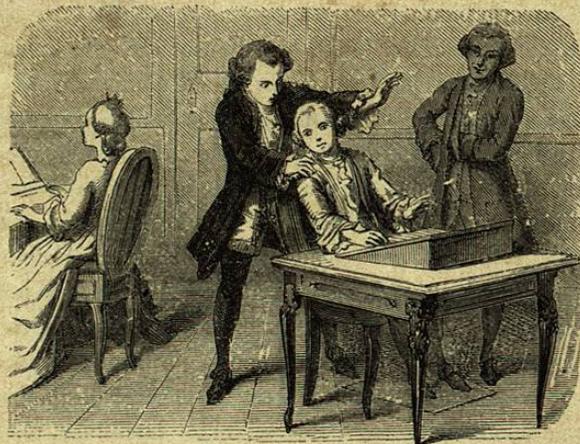
Aquí llegaba la Marquesa cuando dieron las diez ; se guardó el manuscrito, y se acabó la velada.

La noche siguiente, habiendo la Marquesa prevenido á sus hijos que no la interrumpiesen con sus preguntas, prosiguió su lectura en estos términos :

La primera diligencia que hizo Alfonso luego que llegaron á Ceuta, fué escribir á su padre una carta llena de demostraciones de arrepentimiento y sumision. En ella le declaraba el verdadero motivo de su huida, y le pedia perdon de ella; asimismo le suplicaba le concediese el permiso de acompañar á Thelismar en sus viajes : y como este debia permanecer en Ceuta bastante tiempo para que Alfonso pudiese recibir respuesta de su padre, le rogaba encarecidamente le manifestase su voluntad, prometiéndole sujetarse á ella, cualquiera que fuese. Dirigió su carta á Portugal, no dudando que don Ramiro se habria vuelto á la provincia de Beira. Algo mas sosegado Alfonso luego que dió este paso, volvió á sus acostumbradas diversiones : cantaba y tocaba la guitarra la mayor parte del día, ó dibujaba algunas flores, que á su parecer eran otras tantas obras maestras, y se las enseñaba á Thelismar, á quien él juzgaba encantado de su habilidad.

Una mañana le hizo llamar Thelismar, y luego que Alfonso entró en su cuarto le dijo : Como sé la gran aficcion que Vd. tiene á la música y al dibujo, he creído que tendrá mucho gusto en conocer dos niños que ciertamente le dejarán admirado. El uno es un muchacho de cinco años que dibuja primorosamente en la misma clase que Vd. ; y el otro es una niña que toca el clave bastante bien : uno y otra están en mi gabinete, vamos á verlos. Diciendo esto Thelismar conduce á Alfonso al cuarto inmediato; entran y se paran á observar desde la puerta. Ve Alfonso al otro lado del cuarto á una jóven que tocaba el clave, y junto á ella un niño de cinco años dibujando. Parémonos aquí, dijo Thelismar, la muchacha es muy

tímida, sabe que Vd. es inteligente, y se turbaria demasiado si se acercase Vd. á ella. En efecto, replicó Alfonso, se ha puesto colorada cuando nos ha visto entrar. Y tambien debe Vd. haber notado, añadió Thelismar, que está tan agitada que respira con dificultad : ¿no repara Vd. como se le levanta el pecho? En efecto, respondió Alfonso, quien lleno de satisfaccion de que su vista pudiese producir semejantes efectos, se dignó animarla gritando várias veces : *bravisimo, bravisimo*, con todo el orgullo y pedanteria de un necio, que juzga que semejantes palabras deben colmar de satisfaccion y gloria á la persona á quien las dirige. Luego que la muchacha hubo concluido la sonata que tocaba, hizo una gran cortesía, y Alfonso la aplaudió con repetidas palmadas. Entónces adelantándose Thelismar : Vamos, le dijo, á ver dibujar al niño ; pongámonos detras para ver mejor lo que hace. Al acercarse reparó Alfonso que el muchacho dibujaba con guantes y sin original. ¿No le parece á Vd.



muy singular, le dijo Thelismar, que en su edad pueda dibujar de memoria? ¡Vea Vd. con qué perfeccion va sacando su flor! ¡Oh, es un pasmo! exclamó Alfonso. Un dibujo muy exacto... ánimo, hijo mio... redondea un poco ese contorno... eso es; como un ángel... en verdad que yo mismo no lo haria mejor.

No causaban ninguna distraccion estos elogios al niño que proseguia dibujando con mayor aplicacion, y de rato en rato apartaba la manecita para contemplar lo que habia hecho, y soplaba el papel

para quitar el polvillo que dejaba el lápiz. Luego que acabó su flor, Alfonso lleno de admiracion se arroja al cuello del niño, pero al punto mismo da un grito como espantado.

Poco á poco, dijo Thelismar riéndose; vaya Vd. despacio, porque si no, puede hacer pedazos á este jóven artífice. — ¡Oh cielos, exclamó Alfonso, con que es una muñeca! — Sí, es lo que llaman un automata<sup>1</sup>. — ¿Y la muchacha? — Es la hermana del dibujante. — Pero yo la he visto respirar. — Y tambien es cierto que toca efectivamente con sus dedos el clave. Por lo cual, querido Alfonso, no sería justo estimar en mucho dos habilidades que se hallan en unas máquinas. — ¡Ah! dijo Alfonso, voy ahora mismo á romper mi guitarra y mis lápices. — Haria Vd. muy mal: es vituperable el hombre que pasa su vida tocando la guitarra y dibujando flores; pero nadie le puede á Vd. censurar cuando repunte estas dos habilidades no como ocupaciones serias, sino como recreos y diversiones que Vd. cultivará á ratos perdidos, sin envanecerse con el corto mérito de hacerlo bien.

Esta leccion hizo algun efecto en Alfonso; pero era preciso que recibiese otras muchas para conseguir su total enmienda.

Ya estaba pronto Thelismar á marchar de Ceuta sin que Alfonso hubiese recibido noticias de su padre, por lo cual se imaginó que convenia en su propuesta, puesto que no le habia respondido inmediatamente mandándole que volviese, siendo este juicio causa de acabarse de resolver á no abandonar á Thelismar. Algunos dias ántes de salir de Ceuta para las islas Azores, Alfonso, que habia ya visto que se estaba trabajando en hacer una máquina al cabo del jardín, y cuyo uso ignoraba, supo que esta obra se hacia por orden de Thelismar. Preguntó Alfonso á este á qué uso destinaba aquel artificio. El dueño de esta casa, le respondió Thelismar, me ha dicho que de veinte años á esta parte han caido dos rayos sobre ella, y yo le he prometido que no volverá á caer ninguno mas... — ¿Pues cómo podrá Vd. impedirlo? — Por medio de la máquina que Vd. ha visto. — Pero yo no comprendo... — Bien lo creo; no obstante no es ménos cierto que en adelante no caerá ningun rayo en esta habitacion, sino al extremo del jardín. En efecto, cuatro ó cinco dias despues hubo una tronada muy fuerte. Thelismar se puso á

<sup>1</sup> Todos han visto en Paris, en 1785, á estos dos autómatas.

la ventana, y mostrando á Alfonso con su baston la nube espesa que estaba sobre la casa: Mire Vd., le dijo, esa nube; advierta Vd. como se va á apartar de nosotros y á seguir la direccion que yo le señalo. Quiero que vaya á reventar al extremo de aquella calle de árboles. Hablando así Thelismar extiende su baston hácia la nube; parece que esta obedece á su voz sin atreverse á separarse del camino que le habia señalado por los aires. En esta ocasion parecia Thelismar un encantador que por medio de su varilla de virtudes mandaba como soberano á los elementos. ¡Gran Dios, exclamó Alfonso, qué veo! Vd. dirige á su arbitrio todas esas nubes; ya se reunen en el sitio que Vd. les ha señalado... Pues ahora que están juntas, replicó Thelismar, quiero que se disipen, y que caiga un rayo á treinta pasos de la tapia del jardín. No bien habia dicho estas palabras cuando se oyó un horroroso estampido, y cayó el rayo en el sitio mismo que habia señalado<sup>1</sup>: al punto cerró Thelismar la ventana, y se salió del cuarto dejando á Alfonso petrificado de admiracion.

Al dia siguiente entregaron á Thelismar delante de Alfonso una carta de Dalinda, la cual leyó en alta voz, porque Alfonso habia aprendido el idioma sueco, habiéndole comenzado á estudiar desde que supo en España que Dalinda era de Suecia, y desde que estaba con Thelismar habia hecho los mas rápidos progresos en él. La carta de Dalinda le encantó, y no pudo disimular el enternecimiento que experimentaba al oirla leer. Sentia un deleite inexplicable en comprender las palabras escritas por la mano de Dalinda, y escuchando el pormenor ingenuo de sus pensamientos y afectos, juzgaba que la oia hablar: conocia finalmente su corazon, y este conocimiento fijó para siempre en el pecho de Alfonso la mas frágil de todas las pasiones, puesto que reunia el aprecio y estimacion al amor. Bien hubiera querido Alfonso tener en sus manos la carta de Dalinda para ver su letra; pero Thelismar despues de haberla leído la cerró en un cajon de su buró. Alfonso, con los ojos fijos en el cajon, dejó de escuchar á Thelismar, y se quedó cabiloso y sepultado en su amoroso delirio: entónces Thelismar tomó un libro, se puso á leer, y Alfonso vuelto en sí salió del cuarto. Al anoecer volvió á él, y Thelismar se levantó diciéndole: Como mañana nos hacemos á la

<sup>1</sup> Todos conocen esta experiencia del doctor Franklin fundada en la electricidad.

vela para las islas Azores, tengo que disponer varias cosas, espéreme Vd. aquí, que dentro de media hora volveré. Diciendo esto sale del cuarto, y deja á Alfonso solo sentado enfrente del escritorio donde estaba la carta de Dalinda, y la llave habia quedado en la cerradura. Alfonso se ve acometido de una tentacion, que al principio resiste. Tenia grandísimos deseos de abrir el cajon y de leer una vez siquiera la carta de Dalinda : bien conocia que esta accion era mala. No obstante, se decia á sí mismo, no es mi intencion descubrir los secretos de Thelismar. Él me ha leído la carta, yo no sabré mas de lo que sé, y así no pretendo mas que verla y contemplar la letra... Finalmente, despues de haber luchado algun tiempo en su interior, vence todos sus escrúpulos. Se acerca al escritorio, echa su mano trémula á la llave, pero no bien la toca cuando recibe en el brazo y en el pecho un golpe tan terrible que casi le priva de sentido. Atónito y espantado se hace atras, y dejándose caer en una silla : ¡Justo Dios! exclama, ¿qué mano invisible es la que me ha herido?... Al punto mismo se abre la puerta y ve á Thelismar. ¿Qué ha hecho Vd., Alfonso? le dice este con mucha severidad. — ¡Ah! le respondió este, no solo el arte sobrenatural de Vd. produce tantos prodigios, sino que tambien creo que descubre los mas ocultos pensamientos : lea Vd. en mi corazon. — Veo en él un motivo que no puede servirle á Vd. de disculpa; porque no hay ninguna que sirva de excusa suficiente á una deslealtad tan vituperable. Acuértese Vd., Alfonso, que es muy mal hecho abusar de la confianza que se nos manifiesta, y que otra culpa de esta clase le haria perder para siempre mi estimacion. Pero esa llave, prosiguió Thelismar, no ofende sino á los imprudentes; solamente rechaza de este modo á los que quieren usar de ella sin mi consentimiento : ahora que yo se lo permito á Vd. puede abrir sin riesgo alguno. Luego que Alfonso oyó esto se acercó al escritorio, y despues de haber abierto el cajon, dijo : No hay duda, oh Thelismar; nada le es á Vd. imposible : todas sus razones son sábias y prudentes, y sus hechos maravillosos. Dignese Vd. de ser siempre mi protector y guia; mi sumision, mi afecto y mi agradecimiento me harán digno de esta dicha. Al decir esto se acercó con aire enternecido y respetuoso á Thelismar, quien le recibió con un abrazo cariñoso.

<sup>1</sup> La llave estaba electrizada.

La mañana siguiente Thelismar y su jóven compañero de viaje se embarcaron é hicieron á la vela para las islas Terceras : despues de una feliz navegacion tomaron tierra en la isla de San Jorge, donde descansaron algunos dias.

Thelismar se alojó en la casita de un sueco establecido en la isla hacia ya seis años. Como no habia en esta casa mas que una habitacion cómoda, partió con Alfonso su cuarto y le hizo poner una cama inmediata á la suya. Una noche que Alfonso y Thelismar estaban en el primer sueño se despertaron despavoridos los dos á un mismo tiempo : creyeron haber sentido una violenta conmocion de temblor de tierra, y huyeron á un jardinito, en el cual encontraron al amo de la casa y algunos criados que habiendo sentido la misma conmocion se habian refugiado á él. Trajeron hachas de viento (porque la noche era sumamente oscura), y con el temor de experimentar un desastre parecido al de Lisboa, pasaron todos con la mayor inquietud cerca de tres horas en el jardin. Pero no habiendo sentido en todo este tiempo el mas leve movimiento se determinaron á entrar en la casa : no obstante Thelismar y Alfonso no se quisieron acostar, y esperaron en conversacion á que amaneciese.

Alfonso, que no ocultaba ya á Thelismar el nombre de su padre, y que le habia contado ya mil veces todo lo que le habia sucedido cuando el terremoto de Lisboa, no quiso perder la ocasion que se le ofrecia de volverle á hablar de ello. Esta narracion siempre iba acompañada de una pomposa descripcion del palacio magnifico de don Ramiro, y de una prolija y abultada enumeracion de las joyas y diamantes que poseia ántes de aquella desgracia. Luego que empezó á amanecer se asomaron á una ventana de donde se descubria toda la isla. Pero ¿cómo se quedarian al ver su casa y el jardin enteramente separados de la tierra, toda la habitacion circundada de agua, y formando una isleta en medio del mar? Se estremecieron al considerar el riesgo en que habian estado, y no podian comprender cómo habia podido la casa, arrojada al mar, y á mucha distancia de la tierra, resistir á una conmocion tan violenta sin haberse arruinado enteramente<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En el mismo año de 1755, en que sucedió la destruccion de Lisboa, padecieron tambien mucho las islas Azores. En la isla de San Jorge, distante doce leguas de Angra, tembló la tierra con tanto furor, que la mayor parte de los habitantes fueron sepultados entre las ruinas de sus casas : el espanto creció á la mañana siguiente al ver

Sin duda, dijo Thelismar, esta humilde habitacion es de un hombre virtuoso : la Divina Justicia es quien se ha dignado salvar y conservar esta frágil habitacion con tan estupendo prodigio...

Aun hablaba Thelismar cuando entró en su cuarto el dueño de la casa. Este anciano venerable se acercó á él, y arrojando un profundo suspiro : Yo vengo, señor, le dijo, á implorar la proteccion de Vd., no para mí sino para mi hijo. Aunque desterrado seis años hace de mi patria, no dejo de acordarme de los hombres grandes que la ilustran; conozco, señor, el nombre y virtudes de Vd. Sé que nuestro soberano, protector de los grandes talentos y de las ciencias, le honra con particular aprecio, y vengo á suplicarle me dé algunas cartas de recomendacion para mi hijo. — ¿Con que vuelve Vd. á nuestra patria? — Sí, señor. — ¿Pues qué contratiempo le hizo á Vd. salir de ella? — Yo he nacido en una clase oscura, pero á pesar de la medianía de mi suerte pude proporcionar á mi hijo una educacion muy superior á mi estado. Este hijo querido correspondió tan bien á mis ideas, que á los veinte y cinco años obtuvo por su mérito y talentos un empleo igualmente honorífico y lucrativo. Algun tiempo despues se enamoró de una jóven, amable y rica; iba



ya á casarse con ella cuando una cruel desgracia me precisó á ausentarme de mi patria. Vivía en mi casa un negociante poderoso :

diez y ocho islas nuevas que salieron del mar. Por otra parte se sintió un sacudimiento que echó al mar diversas porciones de tierra, de las cuales una conservó una casa rodeada de árboles; los que la habitaban entónces no conocieron hasta la mañana la mudanza de su local.

una mañana encontraron á este infeliz cosido á puñaladas en su cama, y robadas todas sus riquezas. Prendieron á todos sus criados, y yo mismo me presenté tambien en la cárcel. El malvado autor del delito me le imputó á mí : yo tenia varios enemigos, cuyas tramas hicieron que el asunto se pusiese en los peores términos; no obstante, gracias á las solicitudes y á los protectores de mi hijo, conseguí que por falta de pruebas me pusiesen en libertad; pero no recuperé mi honor perdido, y no pudiendo tolerar el vivir con ignominia en la misma ciudad, en donde ántes habia gozado de la pública estimacion, determiné expatriarme. Oculté este proyecto á mi hijo; pero él observaba demasiado todos mis pasos para dejar de penetrar mis ideas. Vendí lo poco que me quedaba, y salí de Stokolmo á la média noche. Solo echaba de ménos á mi hijo; no obstante le dejaba gozando de un empleo que le suministraba los medios de vivir con mucha decencia, y yo sabia de cierto que á pesar de nuestros infortunios, la persona que él amaba le conservaba el mismo afecto. Estas ideas me consolaban algun tanto, y me hacian soportable lo sumo de mi desgracia. Iba corriendo en mi silla de posta, cuando al amanecer advertí que un hombre á caballo me seguía á toda priesa : saco la cabeza; pero ¡qué fué de mí cuando conocí á mi hijo!... no puedo expresar lo que sentí en mi alma. Me arrojé de la silla, y me abrazó con él. ¡Qué has hecho! exclamé. — Lo que debia. — ¿Pero cuál es tu designio, le repliqué, bañándole con mis lágrimas? — Acompañarle á Vd. y consagrarle la vida que le debo. — ¿Y tu empleo, tu fortuna? — Todo lo he abandonado por Vd.; sí, todo... hasta lo que mas amaba... Sin embargo de que ve correr mis lágrimas, crea Vd. que sacrífico gustoso el amor á la naturaleza. — ¿Pues si sabías mi fatal determinacion, por qué no te oponias á ella? ¿Acaso dudabas del poder que tienes sobre mí? — Las apariencias fatales le hacian á Vd. reo; esta funesta desgracia le hace mas digno de mi amor y veneracion... pero en fin se hallaba Vd. deshonorado, era preciso huir. Conserva Vd. en realidad la inocencia y la virtud, y esto debe servirle de consuelo... — ¿Y podré no llorar continuamente tu desgraciada suerte?... — ¡Mi suerte! ¿Quién en el mundo la ha logrado mejor que yo? Puedo manifestar á mi padre mi agradecimiento y mi afecto : puedo recompensarle de todo lo que ha perdido. Mi mano enjugará sus lágrimas, y mi zelo y ternura harán cesar la causa de ellas. ¡Oh padre mio! ¡el respeto y amor

de su hijo le harán á Vd. olvidar con el tiempo una patria injusta, unos parientes ingratos y unos amigos desleales! El cielo me destinaba á cumplir en toda su extension las santas leyes de la naturaleza... No, no llore Vd. ni repunte por desgracia la mia; ántes bien, Vd. hasta aquí el dechado de los padres, disfrute de la gloria y de la felicidad tan pura de haber formado por sus cuidados y ejemplos un hijo digno de serlo de Vd.

Vd. es padre, señor, continuó el anciano, y por tanto comprenderá fácilmente que en medio de mi desgracia me resigné con ella con paciencia. En fin, despues de haber viajado durante dos años, nos establecimos aquí: mi hijo entró en algunas empresas de comercio, y habiendo logrado tal cual ganancia, compró esta casa, y en ella hemos vivido con quietud y sosiego. En ella contaba acabar mis días, cuando habrá dos meses que recibimos noticias de Stokolmo, que nos han hecho mudar de dietámen. Mi inocencia está plenamente reconocida; el perverso asesino habia sido puesto en libertad, pero otros delitos le han hecho volver á la cárcel. Convenido de las mayores maldades ha confesado públicamente ántes de espirar, que él habia sido el verdadero autor del homicidio que se me imputaba: hemos sabido al mismo tiempo que la jóven que debia casarse con mi hijo se mantiene soltera. Entónces no aspiré á otra cosa mas que á volver á mi patria. Debíamos marchar dentro de seis meses, pero la desgracia que acabamos de sufrir, y la pérdida de esta casa, que aunque no del todo arruinada, ya no está en estado de habitarse, nos precisa á adelantar nuestra partida, y así he venido á suplicaros, señor, que nos dé cartas...

Sí, yo se las daré á Vd., interrumpió vivamente Thelismar, y tan buenas como las podria dar á un hermano mio, ó al mas querido de mis amigos. Sí, no dude Vd. que nuestro soberano justo y benéfico, sabrá recompensar dignamente la virtud de su hijo. — ¡Ah señor! exclamó el anciano llorando de alegría, permita Vd. que vaya á buscarle para que le vea. Diciendo esto salió apresuradamente sin esperar respuesta. Volviéndose entónces Thelismar hácia Alfonso, le vió apoyado tristemente contra una silla, y tapándose la cara con las manos. Thelismar advirtió que lloraba: ¿Por qué, pues, le dijo, quererme ocultar esas lágrimas? Déjelas Vd. correr sin empacho, pues son prueba de la sensibilidad de su corazón... En esto se engañaba Thelismar, porque atribuía al enternecimiento el llanto cruel

que le hacian derramar su culpa y los remordimientos de ella. ¡Qué delincuente no se juzgaba Alfonso, comparando su conducta con la de aquel jóven cuya historia acababa de oír! Aquella sencilla narracion habia traspasado su pecho, y le hacia cruel y doloroso el sentimiento mas dulce de todos, que es la admiracion que causa la virtud.

Volvió el anciano conduciendo á su hijo por la mano: Thelismar estrechó entre sus brazos á aquel virtuoso jóven; le ratificó las promesas que habia hecho á su padre, y los despidió á entrambos penetrados de alegría y de agradecimiento.

Entre tanto varios habitantes de la isla vinieron en barcos á informarse de la suerte de los que estaban en la casita que al romper del día habian visto en medio del mar: estos informaron á Thelismar de como todas las casas inmediatas á la suya habian sido arruinadas, y que solo la de Zulaski (que así se llamaba el virtuoso jóven de quien se ha hablado) se habia conservado de un modo tan milagroso. Thelismar y Alfonso entraron en uno de los barcos y se hicieron llevar hácia la parte de la isla que habia padecido ménos del terremoto; pero no habian aun caminado un cuarto de legua cuando se quedaron absortos al ver salir de improviso del fondo del mar diez y ocho islas distintas. ¡Oh nueva creacion de un Dios justo y benéfico! exclamó Thelismar. ¡qué gozo tan dulce siente mi corazón al veros! La industria humana dentro de poco os fertilizará. Dios quiera que vuestros futuros habitantes sean todos virtuosos... Despues de haber costeadado algunas de estas islas saltaron en tierra, y hallaron albergue en una de las habitaciones de la isla, adonde aquella misma noche fué Zulaski á verlos. Para volver á Suecia debia Zulaski embarcarse en una nave portuguesa, por lo cual Alfonso le entregó dos cartas; la una para su padre, en la cual le decia todos los parajes por donde debia pasar, suplicándole le escribiese á ellos y le hiciese saber su voluntad; la otra carta era para un amigo suyo habitante de la provincia de Beira, al que rogaba le diese noticias de don Ramiro; asimismo le enviaba un itinerario exacto de su viaje. Luego que Zulaski hubo recibido estas cartas, y las que le dió Thelismar, emprendió su viaje sin mas detencion; y de allí á pocos días Thelismar y Alfonso se embarcaron para las islas Canarias<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Estas islas son siete, y sus nombres: *Tenerife, la Gran Canaria, la Gomera, Palma,*